

**MIKE LIGHTWOOD**



**EL DÍA  
DE LOS**

**ENAMORADOS**

EL DÍA  
DE LOS  
ENAMORADOS  
MIKE LIGHTWOOD

© *El día de los enamorados*, Mike Lightwood, 2019

© de la portada, Mike Lightwood, 2019

Todos los derechos reservados

## SERIE FUEGO Y HIELO

1. [\*El fuego en el que ardo\*](#) (Plataforma Neo, 2016)
- 1.5. *El día de los enamorados* (MaikoBooks, 2019)
2. [\*El hielo de mis venas\*](#) (Plataforma Neo, 2017)
- 2.5. [\*La estrella de mis noches\*](#) (Plataforma Neo, 2018)
- 2.7 [\*La noche de los regalos\*](#) (MaikoBooks, 2019)
3. *Fuego y Hielo 3* (sin título, próximamente)

## OTRAS PUBLICACIONES

- [\*Biónico\*](#) (Dolmen, 2017)
- [\*El fantasma de los huevos\*](#) (MaikoBooks, 2018)

[www.mikelightwood.com](http://www.mikelightwood.com)

Para todos los que, más de tres años después,  
seguís pidiendo historias de Óscar y a Sergio.

# CAPÍTULOS ESPECIALES

Esta historia ocurre entre  
los capítulos 47 y 48  
de *El fuego en el que ardo*

You brought me to life  
Now every February  
You'll be my valentine, valentine  
Let's go all the way tonight  
No regrets, just love  
We can dance until we die  
You and I, we'll be young forever  
*Teenage Dream* - Katy Perry

Todavía no me puedo creer que Sergio sea mi novio.

En serio. ¿Cómo se superan estas cosas? Ha pasado más de un mes desde la primera vez que nos besamos, y todavía soy incapaz de creerme que esto me esté pasando a mí de verdad. ¿Cómo se acostumbra uno a estar saliendo con el chico más perfecto de todo el universo? A veces pienso que es todo un sueño, pero entonces toco la pulsera negra de mi muñeca que me regaló en Reyes y me doy cuenta de que no, de que esta es mi realidad. Una realidad que ha cambiado mucho en las últimas semanas. Y, ahora mismo, no podría ser más perfecta.

Bueno, vale. Tal vez esté exagerando un poco. Siendo objetivo, sé que Sergio no es perfecto; después de todo, nadie podría serlo. Pero para mí sí que lo es, y eso es lo único que importa. Después de todo el sufrimiento que he tenido que pasar durante el último año, después de toda la mierda que he vivido por culpa de ser como soy y de amar como amo, por fin he encontrado a un chico que me quiere tal y como soy. Que no se avergüenza de mí ni de lo que hace conmigo, al contrario que Darío. Un chico que me cuida. Que me trata bien. Que aporta felicidad a mi vida. Y lo cierto es que, últimamente, empiezo a tener muchas razones para ser feliz. O, al menos, para intentarlo, que ya es algo.

Porque en realidad no todo es tan bonito, claro. Desde luego, mi vida dista mucho de

ser perfecta, aunque haya momentos en los que piense que lo es. Todavía me despierto cubierto en sudor muchas noches, llorando y temblando de miedo tras haber tenido alguna nueva pesadilla con los

(gilipollas)

antiguos compañeros del instituto. Porque sí, ya son oficialmente mis antiguos compañeros. Ya no estudio allí y, con suerte, no tendré que verlos nunca más. Ha costado un poco pero, con la ayuda de Ana y de Fer, he sido capaz de contar todo lo que estaba pasando. La directora se indignó mucho al enterarse, como era de esperar, mientras que mi tutor no dejaba de culparse por no haberlo visto antes. En parte, yo también lo culpaba, pero claro... ¿cómo iba a saber algo que siempre ocurría a sus espaldas?

De momento, van a expulsarlos temporalmente, aunque también están valorando si expulsarlos de forma definitiva, como castigo por los meses de agresiones y el incidente en los vestuarios. Todavía se me revuelve el estómago y se me llenan los ojos de lágrimas al recordarlo. Me han asegurado que, como mínimo, van a tomar medidas disciplinarias muy serias contra ellos. Pero, por petición de Ana y mía, eso no ocurrirá hasta que yo me haya ido del pueblo, así que de momento están haciendo como si no hubiera pasado nada. No queremos que tomen represalias contra mí mientras yo todavía siga ahí. Después de todo, aunque los expulsen del instituto, nada les impediría pegarme una paliza por la calle.

Y, después de haberlos delatado, seguramente se asegurarían de que no lo contara.

No he delatado a Darío. Sinceramente, no sé por qué no lo he hecho. Una parte de mí es consciente de que, en realidad, él nunca participó en los ataques. Nunca me agredió, nunca me insultó junto a Carlos y a los otros cuando se metían conmigo. Pero en realidad tampoco es que hiciera nada por evitarlo en ningún momento. No hizo nada por protegerme, por detener a los demás, por decirle a alguien lo que estaba pasando, el infierno que me estaban haciendo vivir día tras día. Una parte de mí quería venganza. Era mi palabra contra la suya y sabía que, si decía algo, nadie podía rebatírmelo después de todo lo que había pasado. Pero no quería hacerlo. No podía hacerlo.

Supongo que, muy en el fondo, hay otra parte de mí que todavía le quiere. Tal vez una parte de mí todavía esté enamorada de él, del Darío que fue un día.

Tal vez siempre lo esté.

En cualquier caso, ya es demasiado tarde. Yo estoy enamorado de Sergio, y eso lo tengo muy claro. No se puede amar a dos personas a la vez, y el momento de Darío ya pasó hace tiempo; él mismo se encargó de que pasara. Ahora Darío está en el pasado, mientras que Sergio es mi presente. Y, por cursi que suene, también mi futuro.

Y mi futuro parece prometedor.

De momento, mi madre y yo nos estamos quedando en casa de María y Dani. Pero el

piso es pequeño, de solo dos habitaciones, así que yo estoy durmiendo en una habitación diminuta que Dani utilizaba de estudio mientras mi madre duerme en el sofá. Insistí para que me dejara dormir ahí a mí, pero ella no quiso ni oír hablar del tema. Aun así, está claro que esta situación solo va a ser temporal. Lo bueno es que mi madre y María han estado mirando pisos, y han encontrado un piso perfecto para los tres. O, más bien, los cuatro, si contamos a Dani. Pensaba que a mi hermana no le haría mucha gracia tener que vivir otra vez con su madre y su hermano pequeño, pero resultó ser todo lo contrario: no podía estar más emocionada de volver a estar con nosotros. No puedo decir que se lo reproche, porque yo también lo estoy. Ahora podemos ser por fin la familia que nunca fuimos con nuestro padre.

Todavía me duele pensar en él, y sé que es un dolor que no va a desaparecer nunca. Y no porque le quiera, ni porque lo eche de menos, porque no es así. Lo único que echo de menos es el padre que nunca tuve, el padre que podría haber tenido. Pero, al igual que con Darío, su tiempo ya pasó, y ahora solo puedo centrarme en el presente.

Un presente que ahora mismo está bastante ajetreado, porque hemos estado mirando institutos donde pudiera empezar de nuevo. No es fácil cambiar de centro a mitad del curso, aunque Ana y la directora han hecho todo lo posible por ayudarme. Inicialmente lo que hicimos fue preguntar en el instituto al que va Sergio, pero no quedaban plazas disponibles. Al principio fue una decepción pero, después de todo, tan solo quedan unos meses de instituto antes de que se vaya a la universidad, así que tampoco habríamos coincidido mucho de todos modos.

Lo bueno es que hemos encontrado otro, que además está cerca de la facultad donde quiere estudiar Sergio, así que el curso que viene podremos ir a clase juntos cuando coincidan nuestros horarios, y también vernos después con mayor facilidad. Incluso me ha dicho que podría recogerme alguna vez después de las clases y, sinceramente, solo de imaginarlo me muero de la emoción. Mi madre y yo vamos a ir la semana que viene a hablar con el director del instituto para contarle mi caso, aunque ella ya se lo ha comentado por encima por teléfono. Si todo va bien, solo quedará hacer el traslado de expediente y matricularme allí para poder empezar.

Me da vértigo imaginármelo, saber que estoy al borde de una nueva vida totalmente diferente, pero al mismo tiempo estoy tan emocionado que no puedo evitar pensar en ello a todas horas... como en este mismo momento, cuando debería estar atento a otras cosas.

—Óscar —dice entonces la voz de Fer, sobresaltándome, a tan solo unos centímetros de mí—. ¿Te das cuenta de que acabo de cargarme a todo tu equipo solo con Greninja?

Pestañeo un par de veces, confuso, y entonces bajo la mirada hasta la consola que tengo entre las manos. Efectivamente, su Greninja ha derrotado a todo mi equipo sin despeinarse siquiera. Miro hacia un lado, a mi mejor amigo, que está sentado sobre la cama con las piernas cruzadas y una sonrisa triunfal en el rostro. Nos hemos despertado hace un rato, después de habernos pasado toda la noche hablando, y lo primero que hemos hecho es echar un combate.

—Lo siento —respondo—. Me he distraído.

—¿En qué estabas pensando?

Me encojo de hombros.

—Ya sabes... un poco en todo.

—Bueno, pues no me he venido contigo en un día como hoy para que pases de mí, así que ven. —Cierra la consola, se tumba en la cama y me hace un gesto con los brazos—. Ven con tu Fer, anda.

—Fer... —rezongo, un tanto avergonzado. Pero sé que no va a servir de nada quejarme, así que dejo la consola sobre la mesita de noche y me tumbo junto a él, dejando cierto espacio entre nosotros—. Ya está.

Él me mira sin decir nada, levantando una ceja. Entonces, pongo los ojos en blanco, suelto un suspiro, y me acerco más a él. Le paso un brazo por encima y él me rodea con los suyos. Y, aunque le haya hecho insistirme un poco, en realidad nunca me quejo de sus abrazos. Jamás podría hacerlo. No sé cómo lo consigo, pero los abrazos de Fer son mágicos.

—Así me gusta.

—Eres muy cariñoso conmigo para ser hetero, ¿eh? —bromeo—. A ver si te vas a acabar cambiando de bando...

Él se echa a reír con su risa contagiosa.

—Créeme, Óscar. Después de todas las veces que te he visto desnudo y de las cosas que hemos hecho juntos, creo que ya lo sabrías si me hubiera cambiado de bando.

—Bueno, ya me besaste una vez —le recuerdo con una sonrisa.

—Sí, y eso fue suficiente para darme cuenta de que no es lo mío.

—Supongo.

Nos quedamos unos segundos en silencio, en paz, mientras Fer me acaricia los brazos. Antes pensaba que tenía mucha suerte por haber encontrado a Sergio, pero eso ni se llega a comparar con lo afortunado que soy por tener a Fer como amigo. Sin él, no sé muy bien dónde estaría ahora mismo.

Me estremezco al recordar lo que pasó hace solo unas semanas, en su bañera. Y es que, por no saber, ni siquiera sé si seguiría vivo de no ser por él.

—¿Me vas a contar qué te pasa?

Suelto un suspiro.

—Si no es nada, en serio. Es solo que todo esto da un poco de miedo.

—¿Miedo? ¿Por qué?

—A ver, no es miedo exactamente. Es solo que... No sé, es como que nunca pensé que fuera a salir de ahí, ¿sabes? Da vértigo.

—Pero va a ser bueno. Va a ser un cambio a mejor. Lo sabes, ¿no?

—Se supone que sí, pero... ¿y si me equivoco? ¿Y si en el nuevo instituto vuelve a pasar lo mismo de siempre?

—Eso no va a pasar.

—Ya, pero... ¿y si pasa? —Hago una pausa, sin saber cómo explicarle lo que siento ahora mismo—. Allí voy a estar solo, Fer. No voy a tener a nadie. No conozco a nadie.

—Harás nuevos amigos.

—Sí, pero no serán como tú. —Lo miro y entonces veo que tiene los ojos llenos de lágrimas... y no es el único.

—Jo, Óscar —dice con voz quebrada—. Yo también te voy a echar mucho de menos. De verdad... muchísimo. Pero hablaremos todos los días, ¿vale? Vas a seguir siendo mi mejor amigo, pase lo que pase —me asegura—. Y vendré a verte siempre que pueda. Ya lo estoy haciendo ahora, ¿no?

—Ya, pero es que no va a ser lo mismo. Ya no podremos hacer los deberes juntos. No podremos mandarnos un mensaje y quedar a los diez minutos. No podremos quedarnos a dormir juntos todos los fines de semana. No podremos combatir cuando salga el nuevo *Pokémon*. ¿Quién me va a ayudar a completar la Pokédex? Y tampoco podremos ir a la piscina cuando empiece el verano...

En este momento, ya estoy llorando del todo, mojándole la camiseta con mis lágrimas. Él me abraza con fuerza, acariciándome el pelo con cariño.

—Bueno, doy por hecho que tú no querrás ir al pueblo, pero todavía podré quedarme a dormir aquí los fines de semana si me invitas. —Hace una pausa—. Si es que no prefieres que sea Sergio quien se quede, claro... Después de todo, él te da cosas que yo no puedo.

Rompo a reír y le doy un manotazo. Así es Fer, el único capaz de hacerme reír incluso cuando estoy llorando.

—Claro que no, jo. Te puedes quedar a dormir todos los viernes si quieres. O los sábados, me da igual. Pero quiero estar contigo. No quiero que perdamos nuestra amistad.

—Pues claro que no la vamos a perder, idiota. Además, casi todo lo demás también tiene solución. Cuando salga el nuevo *Pokémon*, podremos combatir e intercambiar *online*. Y en cuanto a la piscina, aquí hay un montón. A mí no me importa venirme.

—Pero seguiré sin tenerte para que me protejas en el nuevo instituto.

Ya está. Ya lo he dicho. Por fin lo he hecho, por fin le he contado una de las cosas que más me preocupaban. Y es que, ¿qué va a ser de mí en el nuevo instituto sin Fer? Siempre, desde que nos conocemos, he ido con él a clase. Siempre ha estado a mi lado. Y, aunque sé que necesito dar este paso, me cuesta mucho hacerlo sin él a mi lado.

—¿Y desde cuándo necesitas tú a alguien que te proteja? —me pregunta—. Para empezar, es que no te va a pasar nada, Óscar. Y, aunque pasara, tú eres perfectamente capaz de

protegerte solo.

—Si tú lo dices...

Sin embargo, sigo sin estar muy convencido.

—Pues claro que lo digo. Tú eres muy fuerte, Óscar. Mucho más de lo que tú piensas. Si no, no habrías sobrevivido a todos estos meses, ¿no?

Pienso en mis cicatrices. En las heridas que todavía no se han cerrado del todo. ¿De verdad lo soy? ¿De verdad soy fuerte, o Fer solo está tratando de hacerme sentir mejor? Me llevo la mano derecha al antebrazo contrario y toco el lugar donde me corté la última vez. Todavía me duele si aprieto un poco, y está bien que me duela. Es un recordatorio de lo que hice; un recordatorio de lo que nunca debí haber hecho.

—Sí, supongo que tienes razón.

Y, sin decir palabra, me seco las lágrimas y continúo abrazado a él, dejándome querer. Puede que no necesite protección, como él dice, pero de todos modos me gusta sentirme protegido cuando me abraza. Y seguimos así hasta que mi madre nos llama para comer un buen rato después.

—Oye, creo que deberíamos ducharnos —comenta Fer cuando regresamos a mi habitación.

—Vale. ¿Quieres ir tú primero?

Él asiente con la cabeza y se marcha al cuarto de baño con sus cosas. Me quedo con el móvil en la mano, mirando Twitter, hasta que Fer regresa quince minutos después y llega mi turno.

—¿Estás listo para la revancha? —le pregunto cuando regreso, cogiendo la consola de la mesita de noche—. Porque te pienso dar una paliza.

Él se ríe.

—¿Tú y cuántos más?

—Yo, Delphox, Xerneas y unos cuantos más.

—Si acaso en tus sueños, chaval.

Me siento en la cama y abro la consola, y él hace lo mismo.

—¿Es que tienes miedo? —le pico.

—¿De ti? Ya quisieras.

Y, acto seguido, nos metemos de lleno en una encarnizada batalla. Y, aunque él me gana en el primer combate, yo le gano en el segundo. Seguimos así, luchando el uno contra el otro y empatando una y otra vez, riéndonos y picándonos mutuamente, hasta que cuando nos queremos dar cuenta ya ha pasado más de una hora.

—Debería ir recogiendo el saco de dormir —dice al cabo de un rato, señalándolo.

—¿Te vas a ir ya?

No puedo evitar sentirme un tanto decepcionado; había pensado que se quedaría como mínimo toda la tarde conmigo, pero todavía no son ni las cuatro.

—Quiero llevarte a un sitio.

—¿A un sitio? —pregunto con extrañeza—. ¿Adónde?

—Ya lo verás —replica con una sonrisa misteriosa, poniéndose en pie y yendo hacia su saco—. Es una sorpresa.

—No será a un partido de fútbol, ¿no? Ya sabes que por ahí no paso.

Fer se ríe.

—Tranquilo, que no es eso. Te gustará, te lo prometo.

—Tampoco pienso ir a un bar de *strippers*. A menos que sean tíos. ¿Vamos a un bar de tíos *strippers*?

—Ya sabes que por ahí no paso —replica, repitiendo mis palabras.

—Jo, ¡dame una pista!

—Eh... tiene que ver con *Pokémon*.

—¿Me vas a regalar el nuevo juego?

—¿Cómo te voy a regalar un juego que no se sabe ni cuándo saldrá? Anda, ayúdame con esto.

Me arrodillo en el suelo junto a él para ayudarlo a enrollar el saco de dormir y guardarlo en su funda. Después, me siento en la cama mientras él se quita el pijama y se pone la ropa con la que vino ayer. Aparto un poco la mirada. Fer se ha tomado genial el hecho de que sea gay. Pero, aunque nos hemos visto desnudos en innumerables ocasiones, y también hemos hecho otras... cosas juntos, no quiero que piense que me estoy aprovechando y que estoy mirándolo cuando no debería. Después de todo, no ha dejado de hacer nada que no hiciera antes de contarle que era gay.

Lo cierto es que una parte de mí temía que las cosas fueran a cambiar, que fueran a ser más incómodas y que Fer cambiara su forma de comportarse conmigo, pero no ha sido así en absoluto. Ha seguido cambiándose delante de mí, y también desnudándose cuando era necesario. Incluso nos hemos vuelto a duchar juntos en alguna ocasión, y nunca ha habido nada de erótico ni sexual en ello. Fer está buenísimo, y yo lo sé casi mejor que nadie, pero jamás podría verlo de otro forma que como un hermano. Y el hecho de que, lejos de reducir sus muestras de cariño conmigo, lo que haya hecho sea aumentarlas, me llena de felicidad.

—¿No te cambias? —me pregunta cuando acaba.

—Tendrás que darme alguna indicación. Si no sé a dónde vamos, no sé qué debería ponerme.

—Eh... Tienes razón, sí. Pues no lo había pensado. —Se rasca la barbilla durante unos segundos, pensativo—. A ver, supongo que deberías llevarte ropa de abrigo, por si acaso. Ah, y también el pijama. Uno calentito.

—¿Es que vamos a dormir en algún sitio? —pregunto con el ceño fruncido.

—Puede.

Una punzada de pánico me atraviesa el pecho. El único lugar donde se me ocurre que podríamos dormir es en su casa, y su casa está en...

—No pienso ir al pueblo, ¿eh? —replico con voz tajante mientras me cruzo de brazos—. Eso sí que no, lo siento.

Él se acerca a mí y me rodea con un brazo.

—Eh, eh, tranquilo. No vamos a ir al pueblo.

—¿Seguro?

—Pues claro. No te llevaría ahí, y menos sin que lo supieras. Eso tenlo claro.

—Bueno, vale —contesto con alivio—. ¿Algo de abrigo entonces? Tampoco está haciendo mucho frío estos días.

—Ya, pero será lo mejor. Por si acaso.

A diferencia de mí, Fer no se corta en mirarme mientras me cambio. Y, a diferencia de él, yo siempre me he cortado a la hora de desvestirme. Primero, era por mi cuerpo: las diferencias entre el suyo y el mío son demasiado notables, y antes siempre me sentía un tanto cohibido de permitir que me viera siendo tan poca cosa. Pero después fue por otra razón, una más dolorosa. Sin embargo, tras lo que pasó en su bañera, Fer ya lo sabe todo sobre mis cicatrices. Las ha visto todas. Incluso me ha ayudado a curarme alguna de las heridas.

Veo que observa las más recientes, la de mi antebrazo. Las mismas que él ayudó a curar. Lleva la mano hasta mi brazo y lo toma con delicadeza, cuidadoso de no tocarlas. Acerca los ojos a las heridas.

—Ya están bastante curadas.

—Sí, bueno. Seguramente se me quedarán las marcas... algunas son muy profundas.

—Sabes que no puedes volver a hacerlo, ¿verdad?

Aparto la mirada, avergonzado. Cierro los ojos para contener las lágrimas que se agolpan en ellos mientras mi mente se llena de las imágenes de aquel día. La cuchilla. Los cortes. La razón por la que volví a cortarme. La bañera llena de sangre. Mi cara llena de lágrimas. Los golpes de Fer en la puerta. El propio Fer, que llegó antes de que llegara demasiado lejos. Es curioso, porque han pasado tres semanas pero parece que hubiera sido ayer y al mismo tiempo hace una vida. O tal vez dos.

—Lo sé.

—¿Me avisarás si vuelves a tener ganas de hacerlo?

Dudo durante un instante, pero después asiento con la cabeza.

—Lo haré.

Y, entonces, me da uno de esos abrazos tan Fer suyos, de esos de los que jamás podría cansarme. Nos quedamos así durante unos minutos. Lo conozco bien y sé que, cuando necesito un

abrazo, él nunca será el primero en apartarse. Siempre se espera a que sea yo quien lo haga, abrazándome todo el tiempo que lo necesite.

—¿Te vististe? —me pregunta cuando me separo de él, tal vez diez minutos después.

Asiento con la cabeza y me apresuro a terminar de cambiarme. Después, guardo en mi mochila el pijama, una camiseta limpia y un jersey de más, por si acaso.

—Será mejor que guardes también el cepillo de dientes —me sugiere—. Créeme, me lo agradecerás.

Intrigado, voy al cuarto de baño a por él y vuelvo a mi habitación. Guardo el cepillo en la mochila mientras Fer escribe algo a toda prisa en el móvil.

—¿Listo? —me pregunta cuando acaba.

—Listo.

—Pues vamos.

Antes de salir, paso por el salón para despedirme de mi madre. Está haciendo cuentas, supongo que para ver cómo va a pagar el piso nuevo. Siento una punzada de culpa, porque sé que van a ser muchos gastos, pero ahora mismo no tengo forma de ayudar. Me acerco a ella y le doy un beso en la mejilla.

—¿Te vas ya? —pregunta, y yo asiento con la cabeza—. Pues pásalo muy bien, cariño. Hasta mañana.

Miro a Fer con el ceño fruncido mientras cojo el abrigo del perchero y salimos por la puerta.

—¿Es que ya lo sabe? —le pregunto, y él se encoge de hombros.

—Puede...

—Genial —digo de mala gana.

Echamos a caminar, con Fer liderando el paso, hasta llegar al final de la calle. Una vez allí, doblamos la esquina, y entonces...

—Hola, chicos. Os habéis tomado vuestro tiempo.

Es Sergio.

Como siempre, el corazón me da un vuelco al verlo. De verdad, ¿cómo podría acostumbrarme a él? Hoy hace muy buen tiempo y la temperatura no es demasiado fría, así que lleva una cazadora abierta con una camiseta debajo, esta vez del Capitán América, con la estrella bien grande sobre el pecho. Un pecho que me encanta tocar. Un pecho que me encanta acariciar. Un pecho sobre el que me encanta apoyar la cabeza para dormirme, y escuchar el latido de su corazón, y...

Pero Fer está justo a mi lado, así que detengo mis pensamientos antes de que vayan demasiado lejos.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunto con sorpresa.

—Yo también te quiero —replica Sergio, poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué tal, Sergio? —dice Fer, acercándose a él para darle un abrazo.

—Oye, espera. ¿De qué os conocéis vosotros dos?

—Tu madre —responden a la vez.

—Digamos que nos ha ayudado un poco para darte una sorpresita —añade Sergio, encogiéndose de hombros.

Los dos me están mirando muy sonrientes, disfrutando claramente de mi evidente desconcierto.

—Encantado de conocerte, por cierto —le dice Fer—. Me mola tu camiseta.

—No entiendo nada —digo, cada vez más confuso.

Sergio me mira conteniendo la risa.

—¿Es que no sabes qué día es hoy?

—Creo que no lo sabe —le susurra Fer, lo bastante alto como para que yo también pueda oírlo. Los dos ponen los ojos en blanco.

—Eh... ¿domingo?

Sergio se echa a reír con esa risa que me provoca un aleteo en el estómago.

—Hoy es catorce de febrero, Óscar.

Durante un instante, sus palabras no tienen ningún sentido. Pero, entonces, algo hace *clic* en mi cabeza y comprendo qué es lo que quiere decir.

Catorce de febrero.

El Día de San Valentín.

El Día de los Enamorados.

—Hostias.

—¿No te habías dado cuenta?

—¡No!

—Anda que... —dice Fer entre risas, negando con la cabeza.

Enrojezco un poco.

—Oye, que tampoco es mi culpa —trato de defenderme—. Es la primera vez que tengo novio, así que nunca lo había celebrado.

—Pues ya sabes lo que toca ahora, ¿no?

—¿Vamos a celebrarlo? —pregunto con una sonrisa, mirándolos a los dos.

—Pues claro —responde Sergio.

Mi sonrisa se ensancha todavía más.

—Vais a celebrarlo vosotros dos —especifica Fer—. Estoy seguro de que a los dos os encantaría compartir vuestro amor conmigo, pero creedme cuando os digo que no estoy interesado.

—Me echo a reír, y entonces Fer me abraza para despedirse y me susurra al oído—: Por favor

te lo pido: usa protección. Soy demasiado joven para ser tío.

Le doy un manotazo en el hombro, notando que me arden las mejillas, pero no rompo el abrazo.

—Gilipollas.

—Pásalo bien, ¿vale? Te lo mereces.

—Gracias por todo, Fer. Eres el mejor.

Cuando nos separamos, se dirige a Sergio con una sonrisa.

—Bueno, tío, un placer. Cuídamelo, ¿vale?

—Eso está hecho —replica Sergio, también sonriendo. Cuando mi amigo se marcha, me mira a mí, y me doy cuenta de que su sonrisa parece ahora un poco traviesa—. ¿No me vas a saludar bien o qué?

—Es que me daba vergüenza.

—¿Por Fer? —pregunta, y yo asiento con la cabeza, enrojeciendo un poco más—. ¡Pero si es tu mejor amigo!

—Ya, pero no sé. Es la primera vez que tengo novio, así que no sé cómo actuar delante de él. Y, como todavía tiene reciente su ruptura...

—Ven aquí, anda.

Y, entonces, me coge de la mano y me atrae hacia él, sin que yo oponga ninguna clase de resistencia. Cuando su boca entra en contacto con la mía, no puedo evitar suspirar contra sus labios. Tan solo ha pasado un día desde la última vez que nos vimos, pero ya lo echaba de menos. Echaba de menos su boca. Echaba de menos sus labios, moviéndose contra los míos como si los acariciaran. Echaba de menos su lengua, jugueteando con mis labios y después con la mía propia, en un baile húmedo y cálido que me deja sin sentido. Echaba de menos sus brazos, rodeándome y apretándome a él como si no quisiera soltarme jamás. Y echaba de menos su aroma, que me envuelve ahora como una nube embriagadora que me nubla la razón.

—Voy a tener que tardar en saludarte más a menudo —digo cuando nos separamos, jadeando mientras trato de recobrar la respiración.

Sergio se echa a reír.

—¿Nos vamos?

Señala el coche que hay a su lado, que es el mismo que le prestaron la última vez que me recogió. Monto y reconozco de inmediato el ligero aroma a cerveza y tabaco.

—¿Qué vamos a hacer?

—Ya lo verás... es una sorpresa.

—Ya estamos otra vez con las sorpresas.

—Es lo que hay, tejoncito.

—Oye, no me dijiste de quién era el coche —señalo tras un par de minutos

observándolo conducir en silencio.

—Es de Rodri, el hermano de Pablo.

—¿Pablo?

—Mi mejor amigo —responde—, creo que te lo he mencionado alguna vez... ya te lo presentaré algún día.

—¿Me hablas de él?

—¿Qué quieres saber?

—No sé, lo que quieras contarme.

—Pues nos conocemos desde críos, un poco como Fer y tú. Es pelirrojo, con el pelo rizado y eso, y es un amor de chico. Tiene un poco de complejo porque es gordito y tal, pero no se da cuenta de que eso a los demás no nos importa.

—A ver si me voy a tener que poner celoso.

—Nah, no te preocupes. A ver, Pablo y yo hemos crecido juntos, y también lo hemos hecho todo juntos, pero solo somos amigos.

—¿Todo, todo?

—Todo, todo. Pero no te ralles por eso, porque entre nosotros tan solo hay amistad. Para mí es como si fuera un hermano, ¿sabes? El hermano que nunca he tenido.

Lo miro durante unos segundos, en silencio.

—Se nota que lo quieres mucho.

—Muchísimo.

Tras eso, nos quedamos en silencio. Cuando me quiero dar cuenta, estamos saliendo de la ciudad, pero sé que no me va a decir adónde lo vamos aunque se lo preguntara, así que ni siquiera me molesto en intentarlo. En lugar de eso, mi mente vuelve a la casa de María, a mi madre haciendo cuentas, y a la culpabilidad que siento al no poder ayudar.

—¿En qué piensas? —me pregunta tras unos minutos—. Pareces preocupado.

—Nada, es que estaba dándole vueltas a una cosa. Se supone que vamos a irnos a un piso nuevo, pero me sabe mal no poder contribuir en nada. Son muchos gastos.

—Siempre puedes buscar algún trabajo cuando acabe el curso, ¿no? Ahora no es buen momento porque vas a tener que ponerte al día en el nuevo instituto, pero en cuanto acabe...

—Sí, es lo que había pensado. Lo que pasa es que no tengo ni idea de dónde trabajar. No tengo experiencia, y no sé hacer nada que no sea dibujar.

—¿Por qué no pruebas en nuestra cafetería? Yo estuve trabajando allí el verano pasado.

—¿En serio?

—Sí, en verano abren la piscina del centro deportivo, así que la cafetería siempre está llena. Van a buscar gente seguro.

—Pero no tengo experiencia —le recuerdo—. No van a cogerme.

—Yo todavía me llevo bien con los dueños. Puedo hablarles de ti, y luego vamos un día y te los presento. El año pasado tuvieron una mala experiencia con un camarero, así que ahora solo buscan gente de confianza.

—¿En serio harías eso por mí?

Gira la cabeza hacia mí y me guiña un ojo.

—Pues claro, tejoncito tonto.

—Ya está el leoncito chulito burlándose de mi casa...

—¡No seas mentiroso! Si ya sabes que me encanta Hufflepuff...

Continuamos conduciendo hasta que, unos minutos después, me doy cuenta de que estamos entrando en un campo en mitad de la nada... un campo que me resulta muy familiar, aunque ahora está iluminado por las cálidas luces de la tarde. A lo lejos veo un granero que conozco muy bien.

Sergio aparca junto a él y sale del coche. Lo imito y se queda mirándome con timidez.

—Pues bueno —digo con una sonrisa.

—Pues bueno —responde entre risas.

—Creo que esto ya lo hemos vivido.

—Puede ser, sí —admite—. Siento no ser más original, pero...

—Es perfecto —le aseguro. Y es que, estando con él, nada podría ser nada menos que perfecto.

Me acerco a él y lo beso, ahí mismo, en medio del campo, libre y lejos de todo lo malo. El sol está comenzando a bajar detrás de nosotros mientras cae la tarde y, aunque al llegar me fijé en lo bonitas que eran las luces sobre el campo, ahora mismo mis cinco sentidos están concentrados en Sergio y en ese beso que me hace arder por dentro. Presiono mi cuerpo contra el suyo y él, tras unos segundos, pone las manos sobre mis nalgas para apretarme más a él. Me doy cuenta de que está tan contento como yo.

Cuando nos separamos, los dos jadeantes, Sergio se cuelga de los hombros una mochila grande y saca un montón de mantas y un par de cojines del maletero, al igual que hizo la noche de Fin de Año. Me hace un gesto para que recoja las mantas restantes y después cierra el maletero. Después, subimos por las escaleras hasta el tejado y Sergio extiende las mantas por el suelo. Se sienta sobre ellas y yo hago lo mismo, y entonces me mira fijamente con una sonrisa tímida en los labios.

—Pues nada... Feliz San Valentín. —No puedo evitar soltar una risita nerviosa, y él frunce el ceño—. ¿Por qué te ríes?

—No, nada... Es que todo esto es muy extraño. Hace unas semanas estaba atrapado en el pueblo... y ahora estoy aquí, con mi novio, celebrando San Valentín. Es surrealista.

—Bueno, que estamos en medio del campo —responde él, un poco avergonzado—. Tampoco es que te haya traído a un hotelazo precisamente.

—Mientras esté contigo, esto es todo lo que necesito.

Y, entonces, me acerco a él para besarlo en los labios. Es un beso tierno, dulce, uno de esos que me llenan por dentro y al mismo tiempo siempre me dejan con ganas de más. Una vez más, comienzo a ponerme muy contento, y el corazón me late con fuerza al darme cuenta de que estamos los dos solos sin nadie que pueda interrumpirnos.

—Te he traído una cosa —dice cuando nos separamos. Mete las manos en su mochila y, cuando las saca, veo que tiene en ellas una caja roja en forma de corazón—. Es una tontería, pero...

—Me encanta —le aseguro antes de que pueda terminar, cogiendo la caja de bombones de sus manos—. Jo, yo no te he regalado nada a ti. Como ni me había dado cuenta del día que era...

—No tenías que hacerlo —me asegura con una de sus enormes sonrisas—. Pero sé que soy tu primer novio, y aunque llevamos poco tiempo juntos me gustas mucho, y me encanta estar contigo, y no sé... Es solo que te quiero, y quiero hacer las cosas bien, y... y a lo mejor debería callarme.

Me doy cuenta de que está completamente rojo, y lo mejor es que yo mismo también lo estoy.

—Ven aquí, anda.

Lo beso en los labios pero, esta vez, no es tan tierno como el último. Esta vez hay fuego en él, ese fuego que últimamente he comenzado a sentir en mi interior y que cada vez me resulta más agradable. No es un fuego destructor, no es un fuego doloroso. Es un fuego que me hace arder por dentro y, sin embargo, no me quema la piel.

Cuando me doy cuenta, estoy tumbado sobre él, devorando su boca con ansias. Después de todo, ahora estamos solos. Por primera vez, estamos solos de verdad. Sin sus padres en otra habitación de la casa. Sin mi madre durmiendo en el salón o mi hermana en su habitación. Estamos solos en medio del campo, libres para hacer lo que queramos. Como queramos. Cuanto queramos. Libres para ser tan ruidosos como queramos. La idea resulta demasiado excitante como para no aprovecharla, así que devoro su boca y después su cuello, haciéndole gemir contra mi pelo mientras se estremece debajo de mí.

—No tenemos que hacer nada que no quieras —me recuerda con voz entrecortada.

—Lo sé.

—¿Estás seguro? Como la última vez no quisiste hacer nada aquí...

Me separo un poco de él.

—La última vez no habíamos hecho nada todavía, y quería que fuera un momento

especial.

—Esta vez también puede ser especial.

Entonces, se aparta de mí y vuelve hacia su mochila. Saca de ahí unas velas y un mechero, y comienza a dejarlas por el tejado del granero. Sin embargo, cuando trata de encenderlas, la brisa las apaga, y Sergio se queda mirándome con cara de idiota.

—Bueno, yo lo he intentado, ¿vale? No contaba con el factor viento.

Rompo a reír, mirándolo con el mechero en la mano.

—Deja eso, anda. A ver si vas a incendiar algo.

Me recuesto sobre las mantas y, esta vez, es él quien se tumba sobre mí y comienza a besarme con ganas.

—¿Seguro que quieres seguir? —pregunta una vez más.

—Que sí, pesado.

—¿Quieres que entremos?

—Da igual. Tampoco hace frío.

—Pero estamos al aire libre —señala—. No hay techo, ni paredes ni nada.

—¿Y qué? Tampoco es que vaya a venir nadie. Además... tienes que reconocer que esto tiene su morbo —añado, metiendo la mano en el interior de sus pantalones y arrancándole un prolongado gemido.

Se lanza hacia mi boca otra vez, y yo disfruto moviendo la mano dentro de sus calzoncillos y haciéndole jadear. Se quita el cinturón, se desabrocha los vaqueros y se los baja por completo. Después me mira durante un instante, pidiéndome permiso con los ojos, y yo asiento con la cabeza y abro la boca, dispuesto a recibirlo. Él entra con lentitud, con cuidado de no atragantarme, y yo me dejo llevar y lo saboreo todo con la lengua, disfrutando de la sensación y de los gemidos que no deja de soltar.

—Para, Óscar —susurra tras unos instantes—. Para, para, para.

Se apresura a apartarse de mí, jadeante. Observo su cara enrojecida, su pecho que sube y baja con su respiración, y no puedo evitar sonreír.

—¿Qué pasa? ¿Es que no aguantas más?

—Te vas a enterar.

Y, entonces, me quita los pantalones y comienza a devolverme el favor, con ganas, arrancándome unos gemidos todavía más sonoros que los suyos. Normalmente me tengo que contener para no hacer ruido, pero esta vez doy rienda suelta a todo el placer que siento, y no podría estar más agradecido de estar en medio del campo.

Sergio es hábil con la boca, con la lengua y las manos. Sabe hacer los movimientos precisos, los roces adecuados para hacerme temblar de puro placer. Como era de esperar, acabo pidiéndole que pare mucho antes de lo que tuvo que pedírmelo él.

—Sergio. Para un momento.

—Perdona —dice él con una sonrisa, y se acerca a mis labios para besarme con dulzura.

Sin embargo, muy pronto el fuego de mi interior se apodera de mí y, cuando me quiero dar cuenta, ya lo estoy devorando con ansias, como si él fuera el único capaz de apagar ese fuego que amenaza con consumirme por dentro.

—Sergio —jadeo contra su boca—. Creo que... ha llegado... el momento.

Él se queda inmóvil durante unos instantes.

—¿Seguro?

—Seguro.

—No tenemos que hacerlo si no quieres, ¿vale? —insiste.

—Sí que quiero.

—Date la vuelta —dice entonces, y yo titubeo un segundo.

—¿Tú estás seguro?

—Claro. Eh... ¿te has duchado y tal?

—Sí, Fer me obligó a ducharme después de comer. Ahora lo entiendo todo, claro...

—¿Seguro que quieres seguir adelante?

—Sí.

—Bueno... menos mal que he venido preparado —dice mientras saca algo de la mochila. Sonríe al ver el tubo alargado y un par de paquetitos cuadrados.

—Menos mal que no querías hacer nada —replico con una sonrisa burlona.

—Yo no he dicho eso. Date la vuelta, anda.

Me tumbo boca abajo, un poco avergonzado. No es la primera vez que tenemos sexo, pero sí que es la primera vez que vamos a ir más allá. Y, como si no sintiera todavía cierta timidez al mostrarme desnudo ante él, esto es dar un paso más. Una parte de mí duda, algo temerosa, pero el resto de mí es consciente de que quiero

(necesito)

seguir adelante.

—¿Así?

—Ponte a cuatro patas mejor.

Obedezco y, a continuación, siento sus manos sobre mis nalgas, separándolas mientras el corazón me late a toda velocidad. Espero sentir la humedad fría del lubricante pero, en lugar de eso, noto una presión contra las nalgas y, a continuación, una humedad de otro tipo, más cálida y mucho más placentera.

—¿Qué haces?

Miro hacia atrás y entonces lo veo... con la cara enterrada entre mis nalgas. Sin

embargo, enseguida se separa de mí para mirarme.

—Yo creo que está claro —dice con una sonrisa—. ¿Te gusta?

—Eh... No lo sé —admito con una risita nerviosa—. No me lo esperaba, así que ha sido un poco raro.

—¿Quieres que siga?

—Vale.

Pero no lo hace de inmediato. En lugar de eso, coge el tubo de lubricante y se echa un poco entre los dedos. Me lo pasa por entre las nalgas y, a continuación, vuelve a llevar la cara hacia ellas. Me estremezco de placer al notar su lengua entre mis nalgas, saboreándome como nunca antes me habían saboreado. No dejo de gemir, y comienzo a tocarme mientras mi placer se intensifica cada vez más, inundándome con una oleada de sensaciones hasta que llega un punto que creo que no voy a poder soportarlo más.

—Sergio. Para un poco.

Él se separa entre risas y yo me doy la vuelta, temblando un poco a causa del placer..

—Parece que te ha gustado.

—Joder, sí. Me encanta.

Entonces se acerca a mí y me besa en los labios. En esta ocasión, su boca tiene un sabor diferente, dulzón pero suave.

—¿Vainilla? —le pregunto con una sonrisa.

—Vainilla —responde él, sonriendo—. ¿Te gusta?

—Ven aquí.

Lo tumbo boca arriba y me coloco encima de él, besándolo con ganas. El sabor de la vainilla da una dimensión totalmente nueva a nuestros besos, y estoy deseando (muriéndome)

saborear de nuevo otras partes de su cuerpo.

—¿Puedo? —pregunto, cogiendo el bote que ha dejado a nuestro lado. Una enorme sonrisa aparece en su rostro.

—Puedes.

Entonces, abro el bote y dejo caer una gota justo por debajo de sus labios. Después, otra en su barbilla, y otra más sobre su cuello. Dejo un rastro que pasa por su clavícula y su pecho, después por su estómago, su ombligo, y a continuación llega hasta la cintura y un poco más allá. Ahí se me va un poco la mano, la verdad, pero no creo que vaya a quejarse.

—¿Preparado? —le pregunto.

—Esto promete.

Paso la lengua por el lubricante que he dejado bajo sus labios y lo beso de lleno, con una explosión de vainilla en nuestras bocas mientras nuestras lenguas se encuentran otra vez. Pero,

en lugar de dejarle disfrutar del beso, continúo saboreando el rastro que he dejado por su cuerpo, disfrutando del estremecimiento que le provoca el juego cruel de mis labios, mi lengua y mis dientes. Sin embargo, cuando por fin llego a la cintura, me detengo y lo acaricio suavemente mientras lo observo ahí tumbado, con los ojos cerrados, muriéndose de ganas. Hago bajar un poco los dedos, pasándolos por su vello, pero no llego a tocar lo que él quiere que toque.

—Eres malo... —susurra.

—Lo sé.

—Óscar... —gimotea.

Y, entonces, sin previo aviso, le doy un lametón en el glande húmedo, arrancándole un profundo jadeo. Después, mi boca se cierra sobre él una vez más, y esta vez el sabor de la vainilla inunda mi boca mientras me esfuerzo por darle placer, tanto placer como siempre me da él a mí.

Y espero que hoy haya todavía mucho más placer.

—Óscar... si no paras... —dice al cabo de unos segundos, con la respiración entrecortada.

No necesito que termine la frase. Paro porque no quiero que acabe. Porque hoy quiero más de él, mucho más.

—Tienes lubricante en la barbilla —señala cuando me separo.

—Pues quitámelo —respondo, y me acerco a él para que me lo limpie con sus besos. Después, me tumbo a su lado y me abrazo a él, acariciándole el pecho. Está un poco pringoso, pero eso es lo último que me preocupa en este momento.

—¿Qué tal la experiencia?

—No sé... ¿rara? Al natural también me gusta, pero esto mola.

—¿Todavía quieres seguir? —me pregunta—. Si prefieres que nos quedemos en esto...

—Sí.

—¿Te parece si sigo con lo de antes?

—Por favor.

Y, sin necesidad de que me lo pida, me pongo otra vez boca abajo. Esta vez no es una sorpresa cuando entierra su cara entre mis nalgas, así que trato de relajarme y disfrutar de la sensación, tan desconocida y al mismo tiempo mucho mejor de lo que jamás podría haberme imaginado. Me doy cuenta de que tengo la espalda arqueada, de que estoy acercándome más a él para que me devore, y por un lado me muero de vergüenza. Por el otro, sin embargo, estoy disfrutando tanto que me da igual todo.

Al cabo de unos minutos, o igual son unas horas, noto que separa la cara de mis nalgas y comienza a jugar por ahí con los dedos. Entonces, tras unos instantes, introduce uno de ellos en mi interior. La sensación es rara. Es algo que ya había hecho estando solo, pero esta es la

primera vez que me lo hace otra persona. Y, aunque pensaba que sería molesto o incómodo, no lo es en absoluto.

—¿Te duele? —me pregunta mientras me besa la espalda.

—No.

—¿Quieres que siga?

—Sí.

Noto que introduce otro dedo y, después, comienza a masajearme por dentro, estimulando un punto que hace que me estremezca de placer. Sin duda, cuando te lo hace otra persona es algo totalmente diferente.

—¿Estás bien?

—Joder —logro mascullar.

Él se ríe entre dientes, todavía besándome la espalda.

—Eso es que sí.

Continúa jugando con los dedos, dilatándome mientras me besa y haciéndome temblar a causa de la oleada de sensaciones que invaden mi cuerpo.

—¿Cuántos van ya? —le pregunto.

—Tres.

—¿Quieres que pobemos?

—Vale.

Noto algo en su voz, un entusiasmo que me hace sonreír. Saca los dedos con cuidado y, después, se coloca detrás de mí.

—Sube un poco.

Hago lo que me pide, obediente, y aguardo expectante mientras juguetea un poco más con mi culo. Después, oigo el sonido de un envoltorio rasgándose, y después, por fin, noto la presión de algo diferente, más grueso que un dedo. Comienza a entrar en mi interior, y no, desde luego que no es un dedo. Lo hace despacio, con cuidado, pero aun así es una sensación a la que no estoy acostumbrado y que me hace tensarme un poco.

—¿Te duele? —repite.

—Eh... no, pero espera un poco, ¿vale?

—Vale. ¿Saco?

—No.

Respiro hondo durante unos segundos, tratando de relajarme, y noto que poco a poco voy liberando la tensión. Sergio lo debe de notar, porque continúa entrando en mi interior, poco a poco, hasta que final noto sus muslos contra mis piernas y me doy cuenta de que está dentro por completo. Molesta un poco, pero curiosamente no es una molestia desagradable, sino todo lo contrario.

—Joder —murmuro entre dientes.

—¿Estás bien? —se apresura a preguntar, preocupado.

—Sí, sí. Es solo que... es mucho.

—No exageres —contesta entre risas, aunque parece complacido—. Cuando tú me digas, vale?

Cierro los ojos, tratando de relajarme una vez más, y me doy cuenta de que en esta ocasión es más fácil.

—Ya.

Y, entonces, Sergio comienza a moverse con lentitud, con movimientos suaves pero firmes, unos movimientos rítmicos que van aumentando poco a poco de velocidad. Poco a poco, la sensación de molestia va desapareciendo y se convierte en placer, un placer muy parecido al de antes que no deja de ir en aumento con cada golpe de su cuerpo contra el mío. Estar con él siempre es especial, hagamos lo que hagamos, pero sentirlo dentro de mí tiene algo que casi parece de otro planeta.

—¿Estás bien? —me pregunta tras unos minutos.

—Joder —logro responder entre jadeos—. Sí.

—¿Quieres que cambiemos de postura?

Mi primer impulso es negarme. Si cambiamos de postura, vamos a tener que parar, y eso es lo último que quiero en este momento. Sin embargo, las rodillas me duelen por estar a cuatro patas, a pesar de las mantas, así que otra postura tal vez sea más cómoda ahora que me he acostumbrado a él. Y, después de todo, con Darío tampoco cambiábamos mucho que digamos, así que podría estar bien probar algo diferente para variar.

—Vale —contesto al fin.

Trato de reprimir un gruñido de frustración al notar cómo sale de mí.

—¿Probamos boca arriba? —sugiere, y yo asiento con la cabeza.

Me tumbo boca arriba, aliviado de poder dar un descanso a mis rodillas. Entonces, Sergio coge un cojín que ha traído junto a las mantas y me ayuda a colocármelo bajo las nalgas.

—¿Así? —pregunto, algo cohibido.

—Sí —contesta, colocándose frente a mí—. Levanta las piernas.

Obedezco y lo observo mientras se coloca en la posición adecuada. Me siento un poco raro tumbado de esta manera porque es algo nuevo para mí, pero sé que sabe lo que hace. Juguetea con mis nalgas y después vuelvo a sentir esa presión, ahora más agradable que antes. Esta vez, entra con mayor facilidad, y también causándome mayor placer. Y pensar que yo creía que me gustaba lo que hacía con Darío... Esto es algo totalmente diferente.

—Joder —murmuro al sentirme lleno de él.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Puedes seguir.

Comienza a moverse igual que antes, primero lento y después más rápido. Esta vez, sin embargo, hay algo diferente. Gracias a la posición en la que estamos, puedo verlo bien, y eso hace que sea una experiencia completamente nueva. Puedo ver su cara y su pecho enrojecidos y un tanto brillantes por el sudor. Puedo ver sus músculos tensándose con cada uno de sus movimientos. Puedo ver sus ojos, a veces mirándome fijamente, y otras cerrados, disfrutando del placer que siente mientras mueve las caderas contra mi cuerpo. Del placer que ambos sentimos.

En ocasiones, se tumba sobre mí y me besa, devorando mi boca mientras yo devoro la suya, saboreándome mientras yo tiemblo de placer debajo de él. Me doy cuenta de que se mueve cada vez más rápido, como si no pudiera contenerse. Es algo que también hacía Darío pero, nuevamente, con él era diferente. Me gustaba, sí, pero también resultaba un tanto molesto, un tanto doloroso. Ahora, sin embargo, no hay ninguna clase de dolor, solo placer.

—Óscar... —susurra Sergio, mirándome a los ojos—. Como no pare ya...

—No quiero que pares —respondo.

—Pero entonces voy a terminar y ya no voy a poder seguir.

—Joder. ¿Tan pronto?

—Oye, ¡que llevamos un buen rato! —contesta entre risas—. La culpa es tuya por haberme dejado a antes a punto.

—Venga, vale. Paramos un poco.

Detiene sus movimientos, pero no se aparta de mí. Me doy cuenta de que, al igual que yo, no quiere salir de mi interior.

—Ven aquí —dice entonces, y me hace un gesto para que me incorpore.

Lo hago y, entonces, él me abraza con fuerza, manteniéndome bien sujeto. Comienza a besarme, todavía dentro de mí, y después comienza a mover las caderas otra vez, con movimientos fuertes y enérgicos.

—Pensaba que querías parar —susurro contra su boca, jadeando.

—Solo un poco más.

—Me parece bien.

Sigue moviéndose durante un par de minutos más, haciéndome gemir, hasta que finalmente se detiene. Nos separamos y él cae boca arriba sobre las mantas, respirando con fuerza. Pero al menos un parte de él sigue lista para continuar, así que sonrío mientras me acerco a él y me coloco sobre sus piernas.

—¿Qué haces?

—Quiero probar otra cosa.

Él sonrío al darse cuenta de lo que voy a hacer, y entonces me muevo hacia delante hasta rozar su erección con mis nalgas. Continúo moviéndome del mismo modo, de forma

provocadora, mientras él cierra los ojos y se estremece debajo de mí. Cuando creo que ya no puede aguantar más,

(y yo tampoco)

me detengo durante un instante y, utilizando la mano, le ayudo a entrar en mi interior. Esta vez es diferente. Soy yo quien lleva el control, y me gusta. Me muevo lentamente sobre él, disfrutando al ver su cara, siendo yo quien controla mis jadeos, mis gemidos y mi placer. Él me pone ambas manos sobre las caderas, mirándome fijamente, y yo comienzo a moverme más deprisa, utilizando una mano para tocarme y la otra para apoyarme en él. Me doy cuenta de que a veces pongo los ojos en blanco, pero no me importa. Toda la vergüenza ha desaparecido ya.

—Joder, me flipa verte la cara —comenta en una de esas ocasiones.

—Y a mí la tuya —respondo, abriendo los ojos.

—¿Vas bien?

—Muy bien. No me falta mucho.

—A mí tampoco. ¿Te ayudo?

—Vale.

Y, entonces, comienza a mover las caderas, con más fuerza todavía que antes. Entre sus movimientos y los míos, es el doble de intenso que antes y, aunque no quiero que esto acabe nunca, al mismo tiempo no soy capaz de aguantarme más. El placer me recorre en oleadas hasta que, finalmente, acabo explotando sobre su vientre y su pecho con un gemido sonoro y prolongado. A continuación, me desplomo sobre él, agotado, pero no dejo que salga de mi interior. No quiero que salga.

—¿Puedes aguantar si sigo? —me pregunta Sergio, bajando un poco el ritmo—. ¿O prefieres que saque?

—No, tú sigue.

Lo beso en los labios mientras él continúa con sus enérgicos movimientos. Separo los labios y dejo que su lengua juguete con la mía hasta que al fin, con unas últimas embestidas más fuertes todavía que las anteriores, gime ruidosamente contra mi boca y noto que él también ha acabado.

Nos quedamos así durante unos instantes, abrazados y agotados.

—Te quiero —me dice cuando su respiración se calma un poco—. Muchísimo. ¿Lo sabías?

—Yo sí que te quiero.

—¿Te ha gustado?

—Me ha flipado.

—Espero no haberte hecho daño.

—No te preocupes por eso. Ha sido... Buah, ha sido genial. En serio.

—Me alegro entonces —responde con una amplia sonrisa.

—¿A ti también te ha gustado?

—Me ha flipado —dice, robándome las palabras.

—¿Mañana más?

—Mañana más —promete—. O esta noche. O todas las veces que quieras.

—Me parece un buen plan.

Nos dejamos caer sobre las mantas. Me acurruco a él y me cubro con una de ellas, cerrando los ojos mientras escucho el latido tranquilo de su corazón. Podría seguir así eternamente, abrazado a él mientras estamos los dos desnudos y sudorosos, sin salir nunca de este momento perfecto.

Cuando me quiero dar cuenta, ya es noche cerrada, y comprendo que nos hemos debido de quedar dormidos. Mi móvil vuelve a sonar, y me doy cuenta de que eso es lo que me ha despertado. Salgo de entre las mantas, estremeciéndome a causa del frío ahora que la temperatura ha bajado de forma considerable, y lo busco entre mi ropa. Al desbloquearlo, veo que son casi las once de la noche y que tengo dos mensajes de Fer.

Ey!

Q tal ha ido? ??

Genial. ??

¿Por qué decías que tenía algo que ver con Pokémon?

Ay, yo q se?

Es lo primero q se me ocurrió

Típico de Fer.

¿En serio, Fer?

Algo tenía q decir!

Eres tonto

Pero me quieres ??

Pero te quiero

Y es totalmente cierto. Es mi mejor amigo, y le quiero.

Con un suspiro, me pongo el pijama y vuelvo a meterme entre las mantas, junto a Sergio. No quiero despertarlo, así que me acurruco a su lado y cierro los ojos, pensando. Pensando en la suerte que tengo de tenerlos a los dos.

A decir verdad, nunca me ha gustado San Valentín... por no decir que siempre lo he odiado. No sé si es porque antes no tenía nada que celebrar, o porque cuando he estado

enamorado ha sido un amor no correspondido, pero siempre he odiado la imposición comercial de este día, los empalagos obligatorios que nos bombardean por todas partes. Recuerdo que el año pasado me pasé todo el día amargado en casa, pensando en Darío, deseando ser capaz de cambiar sus sentimientos hacia mí.

Pero, después de todo, este no es solo el día de los enamorados: se supone que es el día del amor y la amistad. Y, ahora mismo, yo tengo no solo una, sino las dos cosas. Tengo a Sergio y tengo a Fer; a mi novio y a mi mejor amigo, amor y amistad. Tengo a dos personas maravillosas a mi lado y, sinceramente, no podría ser más feliz por ello. Sin poder evitarlo, abrazo a Sergio con fuerza, y él suelta un gruñido bajo al despertarse.

—Lo siento —me apresuro a decir.

—¿Estás bien? —murmura él en voz baja, confuso.

—Sí, sí. Tranquilo, es solo que... tenía ganas de abrazarte.

—¿Qué pasa?

—Nada. Que te quiero.

Se ríe.

—Yo sí que te quiero.

—Pues bueno —contesta entre risas.

—Pues bueno —replica él.

Y, con una sonrisa, lo beso en los labios. Una parte de mí quiere que este día no acabe jamás, pero el resto de mí está feliz de saber que todavía me quedan muchos más con él. Cientos de días más. Muchas más noches como esta. Tal vez, incluso, una vida entera con él.

Y tan solo estamos empezando a vivirla juntos.

La historia continúa en

[\*El hielo de mis venas\*](#) (Plataforma Neo, 2017)

[\*La estrella de mis noches\*](#) (Plataforma Neo, 2018)

[\*La noche de los regalos\*](#) (MaikoBooks, 2019)

3. *Fuego y Hielo 3* (sin título, próximamente)

## Agradecimientos

Cuando saqué [La noche de los regalos](#) no pensaba que fuera a tener tanta acogida, así que me quedé totalmente abrumado. Os dije que tenía muchas más historias por contar con estos personajes, así que aquí tenéis una más. Mil gracias por vuestro apoyo. Gracias por haber apoyado [El fuego en el que ardo](#): todavía me parece surrealista que vaya por su sexta edición y que se haya publicado también en Japón. Gracias también a los que habéis apoyado [El hielo de mis venas](#) y [La estrella de mis noches](#), las otras novelas de la serie. Y lo mismo digo de [Biónico](#), mi novela de ciencia ficción independiente, y de [El fantasma de los huevos](#), mi novela humorística-mamarracha.

Como ya os prometí, si esta historia funciona, habrá más. Todavía me queda mucho por contar de Óscar, Sergio y compañía, y no todo estará en *Fuego y Hielo 3*, así que mi idea es ir sacando más historias como esta periódicamente. Ahora depende de vosotros, de que las leáis y ayudéis a difundirlas, porque la autopublicación es complicada y con estas historias cortas estoy solo.

Si te ha gustad esta historia, sería un detallazo que la puntuaras y opinaras sobre ella en Amazon y, a ser posible, en Goodreads. Te llevará muy poco tiempo, y a los autores nos ayuda muchísimo, especialmente con publicaciones independientes como esta. Lo mismo digo de mis otras novelas: si las puntuáis en Amazon, Goodreads, etc., me ayudáis muchísimo.

Como siempre, gracias. Sin vosotros, nada de esto sería posible.